

Navidad

Inexorablemente, vuelven. Como los fascículos al final del verano, que nos aliviarán el deseo de hacer algo constructivo después del relax de agosto, que no suele ser tal, sino sinvivir de bultos, kilómetros, calores y obligaciones turísticas. Vuelven cada vez antes, porque la tele se encarga al poco de empezar noviembre de recordarnos que tenemos que fomentar el desarrollo de la economía nacional, consumiendo, por supuesto. Porque los alcaldes mandan a sus operarios a colocar guirnaldas lindísimas en el centro. Porque nos encontramos el buzón plétórico de folletos a todo color para que nos entren por los ojos los maravillosos juguetes que cada vez hacen más cosas y dejan menos hueco para la imaginación. Retoman las Navidades porque el calendario lo exige y, seguramente, porque también la gente las anhela, quizá como cesura (¡Que bonito suponer que la vida es algo poético! No me vayan a poner censura, oigan, que me fastidian la frase), quizá como lo que realmente son.

Habrán comprobado que no he tardado en caer en el tópico del consumismo navideño. Mal por mi parte, me había propuesto dejar este menester en palabras de Galdós, que ustedes apreciarán más que las mías. Dice el canario, en *La Desheredada*, que, en las Navidades, *los hombres son atacados de una fiebre*

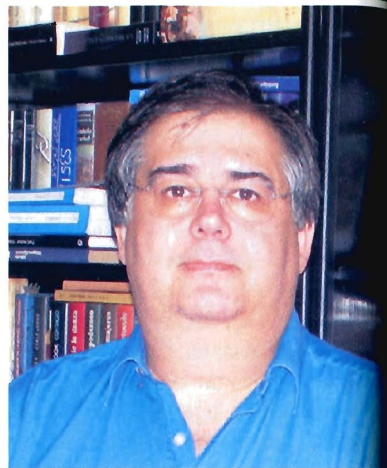
que se manifiesta en tres modos distintos: el delirio de la gula, la calentura de la lotería y el tétanos de las propinas. Me malicio que contra el tétanos citado andamos vacunados, que eso de los aguinaldos parece pasado a la historia. Al menos, a mí no viene a verme el lechero con la tarjetita: "El lechero les desea felices fiestas". Claro, ahora no hay lecheros, ni los panaderos reparten el pan en carro, como antes, ni nada de nada. Hogaño todo está, venga más madera, en los supermercados. O hipermercados, a mayor abundamiento, sean con nosotros delirios y calenturas.

Soy comprensivo con el consumismo, al fin y al cabo gastar debe producir endorfinas, y es cosa humana procurarse el gozo. Pero me subleva la continua invitación a ser felices porque lo dicte el calendario. Y a ser buenos. Es decir, podemos odiarnos durante once meses y quince días, y durante las Pascuas hacemos tregua sagrada. Pues para mí que no. Pero bueno, tampoco pasa nada por ser un poco hipócritas esos días, al fin y al cabo la hipocresía es una constante social, tampoco nos rasguemos las vestiduras.

Claro está, nada de esto justifica la mamarrachada de cambiar de nombre a las fiestas, secularizarlas, etcétera, etcétera. Dejemos las cosas como están, y

que cada cual se las tome como mejor le venga. En fin, creo que quienes mejor entienden el significado de las Navidades son los cristianos de pura cepa, los de Nuevo Testamento y catecismo. Siguiendo al pie de la letra el manual seguro que captan el espíritu navideño sin necesidad de grandes alharacas. Para los demás puede quedar el tedio, la nostalgia, la rutina, tal vez algo de diversión o jarana, muy probablemente el esplendor étílico y seguro que la cartera enteca.

Sea como fuere, tampoco pasa nada por desearnos una feliz Navidad. Disfrútenla si puede ser, a su manera. Y tengan un próspero año 2010 aunque sea, como diría Carlos Rodríguez Braun, a pesar del Gobierno.



Juan Carlos Fernández
www.juancarlosfernandez.es